

## UN DÍA Y UNA ODA TEXTO HOMENAJE AL PROFESOR TÚA BLESA

Ana **ALCOLEA**

**E**ntra en la clase como en un teatro. El público calla y dirige sus miradas al jerséi azul con nubes blancas, y al pelo rizado casi afroamericano. Se apoya en la mesa del profesor y empieza a observarnos como si se acabara de levantar el telón y fuera a comenzar un monólogo calderoniano. Pensamos que es un alumno de quinto que nos quiere hacer creer a los recién llegados de primero que es el profesor de Lengua. Se presenta: «Me llamo José Ángel Blesa, pero todos me llaman Túa». No es ningún impostor, es él.

Pasamos el curso haciendo transcripciones fonéticas, folonógicas, estudiando gramática, Saussure, Chomsky y cosas por el estilo. El día del último examen estoy enferma: una infección molar me lleva a un médico que me receta antibióticos. Me ponen una inyección con una de esas jeringuillas de cristal. Me produce alergia y me pongo malísima. Voy a urgencias. La enfermera me dice que me podía haber muerto. Sufro una crisis de ansiedad. No puedo hacer el examen de Lengua. Convencida de que tendré que ir a la convocatoria de septiembre, hablo con el profesor. Me hace el examen otro día a mí sola, ya sin dolor de muelas, sin alergia y sin ansiedad. No tengo que ir a septiembre.

En tercero, Túa Blesa imparte una asignatura que se llama «Crítica Literaria». Por los apuntes se pasean Hipólito Taine, Sklovski y más expertos en literatura y en arte. Me interesan sobre todo las reflexiones sobre qué define lo que es arte y literatura. Qué diferencia el oro de la paja. ¿Por qué decimos que algo es literatura y que otro algo no lo es?

Aquellas preguntas que nos hacíamos en las clases de Túa me las sigo haciendo cada vez que escribo una novela, una columna para el periódico, un discurso. Cada vez que leo un libro con una mala traducción, o con una traducción exquisita. Cada vez que contemplo un cuadro, un puente, un jardín, una ciudad. ¿Por qué admiramos el Partenón o un lienzo de Tintoretto, mientras que la arquitectura de las casas de ladrillo rojo de los años 60 nos horroriza? Esas mismas casas en las que hemos pasado gran parte de nuestra vida y que costaron tantos esfuerzos a nuestros padres. No nos gustan los bloques de los suburbios de las grandes ciudades, aquellos en los que vive la gente que más se parece a nosotros; en cambio, sufrimos orgasmos estéticos con un cuadro de Richter, de Friedrich o de Tàpies.

Más que el extrañamiento del que hablaba Sklovski, tal vez sea el arte el espejo en el que nos queremos mirar. Aunque vivamos en la casa de ladrillo sin balcones que es nuestro alrededor natural, sentimos los humanos una especie de exilio al que nos hemos visto abocados, desheredados del paraíso perdido. Creemos que nuestro estado natural es ser la Ofelia muerta de Josef Everet Millais, una madonna de Bellini o unas cuantas pinceladas rojas de Rotkho. La necesidad de arte tal vez no sea otra cosa que un deseo de volver al paraíso perdido, una peregrinación para recuperar lo que nos fue robado. Un paseo por las salas de un museo no es sino la materialización de esa peregrinación. Un viaje a una ciudad hermosa, o a un país lejano es una búsqueda de aquello que consideramos que nos pertenece y a lo que pertenecemos. Somos peregrinos de nosotros mismos en cada tarea que hacemos.

También cuando leemos. El libro es un viaje que nos brindan palabras ajenas para llegar al interior de nosotros mismos. Cada lector lee un libro distinto aunque lea el mismo. Cada uno busca y encuentra significados distintos a las palabras que lee. El libro es un espejo en el que reflejamos, no solo lo que somos en cada momento, sino lo que queremos ser, lo que hemos extraviado en el camino, lo que les fue negado a nuestros antepasados. El libro es una ciudad de luces y de oscuridades; de sombras y de pasos. El libro es una ciudad hecha de espejos.

En las clases de «Crítica literaria», Túa Blesa nos habló de aquellos «Nueve novísimos poetas españoles» de la célebre antología. Su favorito era Leopoldo María Panero. El mío era Pere Gimferrer. Y mi poema preferido, la «Oda a Venecia ante el mar de los teatros».

No había visitado todavía Venecia cuando Túa nos dio a conocer aquel poema. Lo comentaba en clase, desentrañando cada verso. No solo nos importaba el ritmo y la belleza de las palabras, sino también su significado. ¿Por qué el poeta nombraba a Ezra Pound sobre algo de lo que parece que Pound no habló, pero sí escribió un verso parecido en ritmo y en sentido? ¿Qué significaba aquello de «ser herido por la pura belleza como entonces»? ¿Podía herir la belleza de una ciudad?

Mi fascinación por Venecia venía de lejos, de mis primeros viajes infantiles a Italia, aunque no a la ciudad de los dogos, de la canción de Charles Aznavour que me sabía de memoria, de los cuadros de Turner y de Canaletto, de la película de Visconti y luego de la novela de Thomas Mann. Venecia me hacía soñar con elegantes damas enmascaradas, con caballeros disfrazados de Giacomo Casanova, con quien compartía, y comparto, uno de los apellidos de mi bisabuelo Máximo. También con aquel efebo de nombre Tadsio que se bañaba en las aguas del Lido. Con historias de amores imposibles. Venecia era el deseo de belleza llevado al extremo. Y así era también en el poema de Gimferrer que conocí gracias a Túa Blesa. Cada palabra del poema se introdujo dentro de mí de tal manera que no puedo imaginarme a mí misma sin él. Porque no puedo imaginarme Venecia sin que sea una oda. Esa oda. Venecia es una oda a la belleza y al poder. Y la «Oda» de Gimferrer es un canto a la decadencia, al arte como necesidad, a la literatura como espejo.

Fui por primera vez a Venecia en el viaje de estudios durante el quinto y último curso de la Facultad. Un viaje de estudios que nos llevó a Suiza, Austria y al norte de Italia, y que organizó estupendamente uno de nuestros compañeros de clase, José Luis Aínsa. Como éramos estudiantes y

teníamos poco dinero, el hotel de Venecia no estaba en Venecia, sino en el Lido de Gesolo, a unos sesenta kilómetros de la laguna. El autobús nos llevó a la ciudad, y nos dejó en el Piazzale Roma. Teníamos un día para visitar Venecia.

Un día y una oda.

Había copiado el poema en el cuaderno que me acompañaba, y lo había repasado antes de dormir. Casi me lo sabía de memoria. «Tiene el mar su mecánica como el amor sus símbolos», «embocadura de escenario vacío», «aquel que allá en Venecia de belleza murió», «mármol en la Dogana como observaba Pound», «sobre el tapiz del Dux, sombras entretejidas»... Mis ojos observaron Venecia desde las palabras que había conocido dos años antes en aquella aula estrecha y larga en la que dábamos la clase de «Crítica literaria». Un vaporeto nos llevó a Venecia: queríamos entrar por la puerta principal, y no por la trasera. El Gran Canal. A la derecha, la Dogana, la vieja aduana, la iglesia de la Salute, toda ella de mármol, catedral del quartiere de Dorsoduro. A la izquierda, la Piazzetta, el Palazzo Ducale, las dos columnas entre las que, durante siglos, se ajustició a cientos, tal vez miles, de condenados; la basílica de San Marcos, dorada, marmórea, bizantina. Entrar en Venecia desde el mar es entrar en un teatro marino, en una «embocadura de escenario», en la que está a punto de empezar la función. El telón, la «cortina roja», es el aire que atravesamos y los escalones que subimos para llegar al patio de butacas desde el que contemplamos la ciudad entera. No nos quedamos sentados. Para ver esta función hay que caminar entre las bambalinas. Bambalinas que son los callejones estrechos, los canales, los patios de los palacios, los grandes lienzos y los tapices del palacio del Dux, las mazmorras de las que, dicen, se escapó el mismísimo Casanova, seductor con su palabra incluso de ominosos carceleros.

Solo nos sentamos para comer un trozo de pizza, y lo hacemos en la piazza: entonces todavía estaba permitido comer en la calle y sentarse en las históricas piedras de las que escribió Ruskin. No tenemos dinero para entrar en el Café Florian, así que lo miramos desde fuera e imaginamos a Oscar Wilde sentado entre los terciopelos de las butacas y con su largo abrigo rojo. Y a Verdi, mirando de soslayo al Café de enfrente, el Quadri, que frecuentaba Wagner y también los que querían que el Véneto siguiera siendo austriaco. Caminamos por las callejas y tomamos un vaporeto que nos lleva hasta la isla de Murano.

Nunca un día dio para tanto en Venecia. Cada vez que vuelvo y recuerdo todo lo que vi aquella mi primera vez en la ciudad, me parece mentira. Pero los espejos de aquellos años juveniles transformaban todo en realidades posibles. El barco pasa junto a la isla de San Michele, donde está el cementerio. «La masa de un féretro en los densos canales». Las góndolas recuerdan a los féretros. Negras, brillantes, alargadas. En góndolas transportan a los muertos a San Michele. En una góndola llevaron a Wagner al cementerio, muerto en el palazzo Vendramin, hoy convertido en casino. Al poeta Ezra Pound. Y a Diaghilev, director de aquellos ballets rusos que conmovieron y conmocionaron a la Europa anterior a la Gran Guerra. Y a las exiliadas princesas rusas que descansan su sueño eterno envueltas en encajes junto al viejo Sergei. En Murano, esa Venecia en miniatura, entramos en la iglesia y vemos uno de los cuadros de Giovanni Bellini, en el que no puedo

dejar de mirar el rostro, de expresión arrepentida y a la vez cruel, del dogo Barbarigo. Supe la razón de su rictus muchos años después, cuando investigaba sobre él y sobre la que fuera reina de Chipre, Caterina Cornaro.

Aquel día, cuando el autobús nos devolvía al hotel en el Lido de Gesolo, me dije que un día volvería a Venecia, y que me quedaría en un hotel de la ciudad, y que pasearía en las noches por las callejas estrechas por las que anduvieron Bellini y Giorgione, Eleonora Duse y Gabriele D'Annunzio, Wagner y Cósima...

He vuelto muchas veces a Venecia y he paseado de noche. He escrito dos novelas y más ambientadas en la ciudad. Mi Venecia no es solo la que ven mis ojos. Mi Venecia es la que he leído, la que ha sido transformada por las palabras que unos cuantos desconocidos escribieron sin sospechar siquiera mi existencia. Mi Venecia es Joseph Brodsky, es Paul Morand, es Aurore Dupin, es Jan Morris, es Thomas Mann, es Pere Gimferrer. Sin ellos, Venecia no existiría porque todo existe porque hay alguien que lo mira, lo vive y lo siente. Venecia es teatro, es poesía, es narración de historias entretejidas con palabras y con los espejos en los que se convierten los canales, que devuelven imágenes invertidas, que a veces hacen dudar acerca de qué es más real, la Venecia de piedra, o la de agua. Ambas las llevamos dentro. Como a todos los que fuimos.: «¿Es más verdad /copos que os diferís en el parque nevado, /el que hoy acoge así vuestro amor en el rostro/ o aquel que allá en Venecia de belleza murió?»

Mi Venecia sería otra si no hubiera leído ya entonces la «Oda» de Pere Gimferrer gracias al entusiasmo transmisor de Túa Blesa. Vi la ciudad a través de ese visillo que es el poema, y que matiza cualquier realidad. El agua, el mármol, los mosaicos «grababan en mi carne un tatuaje de luz». Un tatuaje que se proyectaba en la ciudad en un viaje de ida y vuelta, en un regreso a un paraíso perdido de quien anhela la belleza absoluta.

Sí, sin la «Oda a Venecia» mi Venecia, mis Venecias serían distintas.

Sin las clases de Túa Blesa en aquella aula alargada y estrecha, yo también sería otra.